

Mario Delgado Aparain

ÚLTIMO VIAJERO DE LA NADA



MARIO DELGADO APARAÍN
ÚLTIMO VIAJERO DE LA NADA



© Mario Delgado Aparain, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
© De esta edición, Editorial Planeta, S.A., 2023
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta-Uruguay

Primera edición: julio de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 11.153-2023
ISBN: 978-84-670-6976-1

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Huertas, S. A.
Impreso en España-*Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

Sin saber qué se le dice a un visitante que llega en la penumbra con una voz suave y tan extrañamente reconocible, la abuela Susana pensó que lo de fantasma no es una palabra que convenga a nadie y mucho menos a la hora de dar la bienvenida. Si bien estaba acostumbrada a recibir antepasados que habían existido varios siglos atrás, en esta ocasión el visitante era alguien muy distinto. Además de haber sido un hombre de otra sustancia, el vasco Bernabé Alcorta sería con seguridad el último de los viajeros que llegaría a La Casa del Mar. Así que, apenas terminó de acondicionar la mesa de cedro de sus abuelos vascos, cerró las cortinas y con íntima dedicación encendió los cinco cirios del candelabro de plata y la penumbra se hizo. En un día de buena luz, ella podía ver desde el gran ventanal la isla Gorriti en toda su extensión. Una vez convertida la habitación en una cueva de sombras, juntó las carpetas con la información reunida por Sebastián en sus viajes por el mundo, las ubicó en el centro de la mesa y tomó asiento en la cabecera.

Luego, respiró hondo y se concentró en la preparación del encuentro con el último de los viajeros de la nada, como llamaba a sus antepasados principales. Ya próxima a los cien años, agradecida con el universo por haberle otorgado tan larga vida, alimentaba el sueño de reunir en una sola historia, ordenada y coherente, andanzas, memorias y desventuras de algunos ancestros, con el fin de dejarla a sus descendientes, a modo de testamento. Siempre había sido una mujer guapa y tenaz. De pie a las cinco de la mañana y acostándose a las once de la noche, despachaba los asuntos de su mundo con una precisión y determinación ejemplares. Desde que había quedado viuda, se había vuelto más segura de sus intuiciones que de sus razonamientos y gracias a la pericia del hijo de la sonrisa ancestral y padre de Sebastián, se había instalado en el mundo con una soltura que superaba todos los pronósticos. Hasta sus últimos años, había repartido la vida entre sus propiedades y La Casa del Mar, en la costa de Maldonado. Pero de la herencia material había decidido no hablar más. En otros documentos ya les había dejado a sus hijos sus tierras de Lambaré, sus vacas holandesas con nombres de mujeres y sus maravillosos caballos criollos, capaces de llegar andando hasta Nueva York, como lo habían hecho en 1927 Gato y Mancha, los caballos del amigo suizo Aimé Tschiffely. Estaba convencida de que la historia final resultaría de más valor que la fortuna que había

adquirido en toda su vida. Solo quería que supieran de las leyendas transmitidas a lo largo de las generaciones, algunas con fundamentos asombrosos, otras tal vez inventadas en su totalidad, pero que se fueron acumulando al millar de documentos antiguos, guardados en el arcón de cuero español, arrinconado en el sótano. Toda una proeza de aquellos a quienes les importó preservar la memoria de su misma sangre. Ella no quería ser menos. Una vez finalizada la tarea, entregaría todo a Sebastián, el nieto que por vivir una juventud fuera de la realidad le había «salido escritor», a veces brillante, a veces frustrado y errático. Pero en su cabeza había logrado instalar la idea fundamental de rescatar las memorias más distantes. Y cuando se dice fundamental, ella lo entendía así, fundamental de fundamento, de cimientos, de raíces.

2

«Me enfurece saber que muchos de los que están vivos se están preparando para olvidarme», dijo la anciana, provocando un tintineo trémulo con la diminuta cuchara de alpaca en el pocillo del café. Exasperada, estaba encarnando en el nieto que tenía enfrente un agrio y vasto reproche, cargado de antiguo rencor. «Tal vez sea así, abuela, pero no soy uno de ellos. Si pensara igual, lo que estamos haciendo no tendría sentido», dijo el muchacho a punto de perder la paciencia, por más que comprendía que ella había llegado a una altura de su vida en que le preocupaba más averiguar su origen que conocer su destino. Y por sufrir demasiado la convicción de que al final de sus noventa y nueve años la vida sin memoria es un desastre, un domingo de junio terminó por encerrarse en el galpón de piedra, donde guardaba cajones de viejos libros españoles, ropa desechada, armarios polvorientos y herramientas ferruginosas de la venerable Casa del Mar. Luego trancó la puerta a dos vueltas de llave. Habituada a la constante escaramuza entre la luz y la

sombra, una vez envuelta en la penumbra deseada, bajó la guardia y comenzó a llorar como una niña perdida que se niega a ver lo que ve. En la familia no faltaban los que aseguraban en voz baja que estaba loca de remate, que no solo creía poseer el don de convocar a los muertos antiguos y conversar con ellos, sino que aseguraba haber tomado catorce espléndidas fotografías espectrales con su vieja cámara Zeiss Ikon. Su encantamiento con la fotografía no tenía límites. Convencida de que en la pelea interminable contra el tiempo que todos sostienen sin éxito hasta la muerte, ya sea para capturar una escena de vagabundos borrosos en la niebla de la plaza de Maldonado o una silla vacía en la penumbra del jardín, la fotografía se le había revelado a la abuela más eficaz que la pintura o que una buena novela sobre el tema, ya que, a través de la imagen, entrelazando el miedo a los finales con la maravilla de lo cotidiano, lo irreal se podía hacer real y lo fugitivo eterno.

Pero una cosa era fotografiar antepasados ilustres convocados con ese cometido y otra, encontrarse con la aparición azarosa de algunos indeseables del pasado. La idea de dormirse y verse atrapada por las almas errantes de los seres que no amó la aterraba. Por las noches, los inexplicables ataques de melancolía que parecían debatirse entre el miedo a la muerte y el cansancio de existir se acompañaban siempre de dolores de otros e imágenes que no le pertenecían. Por si

fuera poco, antes de acostarse estaban los fuegos fatuos que, en ocasiones, veía bajar sobre el brocal del aljibe o que flotaban a la distancia sobre las ruinas lejanas de la isla Gorriti, apenas visibles al anochecer desde el ventanal. Para su alivio, bastaba con un parpadeo o con frotarse los ojos con los nudillos para que desaparecieran. Otras veces duraban un buen rato, lo que no era bueno, porque su permanencia se traducía por lo general en un agudo dolor de cabeza, acompañado de la desagradable sensación de que su cráneo, con sonidos de cántaro de cerámica, se inundaba de agua.

3

En una de aquellas tardes, agobiado por la inmovilidad, Sebastián decidió no esperar más. Se largó hasta el consultorio del doctor Montgomery para comentarle su alarma sobre las extrañas visiones de la abuela. Encuentros con caballeros que ya no existían, caminos tortuosos de aldeas somnolientas a las que, por lo que le había escuchado, parecía haber visitado apenas días atrás.

Las explicaciones del médico no fueron muy científicas que digamos. Argumentó que, en la literatura parapsicológica que seguramente frecuenta la abuela, pueden encontrarse imágenes clásicas de fantasmas, cuya autenticidad es todavía objeto de controversia entre los científicos. La mayoría de estas experiencias, como no puede ser de otra manera, ocurren en Inglaterra, el país por excelencia de las leyendas sobre espíritus errantes. Pero, con la abuela el caso era distinto y para empezar no estaban en Inglaterra. El fenómeno podía tener otras interpretaciones, pero le advirtió que, en alguien como ella, que está a punto de cum-

plir los cien años, convencida de que ha encontrado la fuente de la eterna juventud, era riesgoso ser demasiado curioso en asuntos de lo oculto. Podía tratarse de almas de difuntos mal disueltas en la nada, atadas a la tierra por algún vínculo muy intenso de amor o de odio. Una experiencia así, dijo, le ocurrió a San Juan Bosco en su dormitorio de la escuela, cuando una noche se enfrentó a un compañero muerto años atrás y que en vida lo había maltratado como a un enemigo. Para darle mayor consistencia a sus patrañas, el médico agregó que sabía de creyentes a quienes les bastaba con un padrenuestro para que aquellas pequeñas llamas se extinguieran, como si un aire repentino las apagara. «Que rece, hijo, que rece. Quita esos libros negros de su alcance y convéncela de que abandone las sesiones de espiritismo solitario y que rece, que rece antes de dormir. Verás que la vieja enseguida se tranquiliza y se aleja de esa manía de andar hurgando en la basura del inframundo».

«Ella jamás ha leído un libro de esos, ni practica sesiones de espiritismo, ni reza, ni es creyente», respondió con enojo el muchacho, dándole a entender que aquellos consejos insolentes, decididamente más irrespetuosos que científicos, no le servían para nada.